

*Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XXIII "Concurso de Cuentos Villa de Errenteria", organizado por "Ereintza Elkarte", con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria*¹

EL IMPOSTOR

Francisco José Jurado González

James Stewart no lo hubiese podido hacer jamás. Lee Marvin era muchísimo más rápido que él y no hubiese tenido opción alguna. Disparó John Wayne, que siempre hace de bueno, escondido tras una esquina, en un magnífico plano tomado desde el ángulo bajo de la pantalla, genial resolución de ese mago del celuloide que es John Ford. Pero todo el mundo creyó que el hombre que mató a Liberty Valance fue James Stewart. Y eso es lo que importa, que la gente se lo crea aunque no sea verdad.

James Stewart le dio muchas vueltas antes de enfrentarse a un enemigo contra el cual sabía que no tenía ninguna posibilidad, pero hay veces en la vida en las que no nos queda más remedio que salir a la calle a enfrentarnos con algún gaucho matón, cuchillo en mano, aunque no lo sepamos manejar muy bien del todo, como siempre nos ha dicho Borges que se debe hacer. Porque todos tenemos alguna vez un Liberty Valance enfrente, un forastero que se empeña en amargarnos el dulce camino de éxito y felicidad que la vida nos tenía preparado si él no hubiese aparecido justo en ese momento al fondo de la calle, retándonos con su quietud y su mirada, la mano presta junto al revólver. Y entrando ya en materia, el forastero particular que me retó y me llevó por la calle de la amargura se llamaba Juan Manuel de Prada.

Lo que pasa es que a mí me sucede justo lo contrario que a James Stewart, porque yo maté a Juan Manuel de Prada hace mucho tiempo pero nadie me ha creído nunca, por mucho que me empeñe en explicarles que ese muchacho gordito que continuamente publica libros de éxito y pulula por las páginas de revistas, dominicales y del diario ABC, firmando artículos sobre temas de la más variada índole es, en realidad, un clon, un autómatas calcado del Juan Manuel de Prada verdadero, el escritor poderoso al que yo derroté en un duelo a muerte cuando nuestros caminos se cruzaron en un

incierto pueblo de la paramera castellana, una tarde gris y polvorienta en la que ambos fuimos a recoger nuestros premios correspondientes en un oscuro certamen de relatos en el que los dos habíamos obtenido recompensa. Cada uno fuimos a recoger nuestros premios, en efecto: Juan Manuel, el primero; y yo, indefectiblemente, el segundo. Como siempre sucedía de un tiempo a esa parte, nunca fallaba.

Porque Juan Manuel de Prada participaba y ganaba todos los premios de cuentos que por aquellos años se celebraban en España. Y eran muchos. Vivía de eso y esperaba que fueran su trampolín a la fama. Lo ha reconocido públicamente varias veces; incluso todavía hoy, ya consagrado, hace alarde de ello sin tener en cuenta el daño irreparable que causa con semejante afirmación.

Yo también participaba en esos concursos, en todos, pero para mí siempre estaba reservado el segundo lugar; o accésit, o finalista, que viene a ser lo mismo en terminología más deportiva, siempre detrás de Juan Manuel. De tal suerte que eran tantas las veces que nos habíamos encontrado en los lugares más recónditos del país —él a recoger su premio y yo a constatar mi derrota— que habíamos trabado algo parecido a una incipiente amistad, sustentada fundamentalmente en rápidas y triviales conversaciones sobre lo efímero de la gloria literaria, la dureza del campeonato nacional de liga para su Athletic tras la aprobación de la ley Bosman, y el comportamiento errático de las mujeres que nos gustaban (siempre por este inalterable e inmutable orden), mantenidas a vuelamantel mientras degustábamos los platos típicos de la zona peninsular que se tratase, así como en una fluida relación epistolar —subsiguiente al educado intercambio de direcciones que tuvo lugar la primera vez que nos topamos, en un villorrio de Huesca fue el evento—, mucho más sólida, tranquila y estructurada esta segunda forma de comunicación, en la que nos iba-

1. El jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Jon Obeso, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

mos contando cada quince días las impresiones que nos habían causado los organizadores del último concurso, los pormenores del correspondiente regreso a casa, o nos remitíamos las bases oficiales de premios inverosímiles y las direcciones de ayuntamientos que ni siquiera venían en el mapa, sobre las cuales esperábamos sustentar futuros triunfos literarios (suyos, claro está, y subcampeonatos míos), y nuevos encuentros personales por la más variopinta geografía española.

Para mi desgracia, esos relatos con los que Juan Manuel de Prada me derrotaba una vez sí y otra también eran de una técnica depuradísima y presentaban una estructura matemática. La resolución de los mismos no le iba a la zaga, siempre rozando la perfección. Solía dejármelos para que los leyera una vez se los habían premiado, y yo constataba entonces, con impotencia, la robustez de sus tramas, la contención de las formas, su impecable estilo. También merecían un sobresaliente sin paliativos la descripción física o psicológica de los personajes, así como el planteamiento de todo tipo de situaciones. Nunca se le iba de la mano una narración a Juan Manuel, nunca. Era certero, donde ponía el ojo ponía la bala, como el mismísimo Liberty Valance.

Como el mismísimo Liberty Valance hasta que se cruzó en el camino de John Wayne.

Aún así, yo me consolaba con una frase que el mismo Juan Manuel no se cansaba de repetirme cada vez que nos veíamos, mientras esperábamos sentados a que dijeran nuestros nombres para recoger el diploma, el cheque o la placa: “lo mismo podías haber sido tú, ya sabes cómo funciona esto de los jurados: no gana el mejor cuento, sino el que a ellos les gusta más, que es distinto”. Que es lo que suele decirle en estos casos el que gana al que pierde, claro está. A lo mejor tenía razón Juan Manuel, pero el caso es que siempre gustaba más el suyo que el mío. No dejaba de darle vueltas a esas palabras mientras el tren me traía de regreso a casa tras cada encuentro. Tenía que hacer algo para alcanzar la gloria literaria, aunque ésta sea efímera y esquiva, como Juan Manuel se empeñaba en convencerme, y todos sabemos perfectamente. ¡Ya estaba bien de ser siempre el segundo!

El caso es que, al principio, era tanta la distancia entre su prosa hercúlea y eficaz y mi escritura raquítica y desmañada, que hubiese sido una insensatez por mi parte poner alguna objeción a sus continuos triunfos. Para mí era un éxito estar a su rebufo, aparecer al fondo de esa fotografía en sepia que cada dos por tres adornaba las páginas culturales del diario local de sabe dios qué punto de

España. Sobre todo porque, en aquellos días, Juan Manuel empezó a despuntar mínimamente, y ya en algunas revistas literarias su nombre empezó a aparecer como el de un joven con talento que buscaba su sitio bajo el sol, aunque todavía no tuviese nada publicado. Por mi parte, yo había intentado, en vano las más de las veces, adaptar tímidamente mi modesta literatura a aquel torrente de creatividad. Eso era lo único que podía hacer, pues lo cierto es que, mientras él estuviese en activo, yo no podría ganar nunca. Ni yo ni nadie.

Esa era una evidencia. La otra era que no podía quedarme de brazos cruzados, porque si uno se conforma con ser siempre el segundo plato terminará ineludiblemente siendo el postre. Así que empecé a moverme, a hacer cosas, a construirme a mí mismo como si de un relato se tratase. Poco a poco, mi literatura fue tomando cuerpo, un cuerpo de cierta envergadura, como el del propio Juan Manuel. El método fue sencillo: Analicé y estudié al detalle cada uno de sus relatos ya premiados que, ingenua y generosamente, Juan Manuel me iba cediendo cada vez que yo se lo pedía. Así, escruté la hilazón de su sintaxis hasta la última puntada, hasta que ésta dejó de tener secretos para mí; rebusqué en lo más intrincado de sus argumentos la sólida argamasa con que tapar mis lagunas literarias, e incluso me apropié de los términos más usuales de su vocabulario con tanta vehemencia que incluía en mis textos palabras como turulato, levítico o nutricio a diestro y siniestro, aunque no viniesen muy a cuento. Puse tanto empeño en la labor que, no sin esfuerzos, dominé a la perfección la técnica narrativa y la descripción psicológica de los personajes. La estructura dramática al completo, en definitiva, dejó de tener secretos para mi pluma ahora vigorosa.

También desmenucé y construí una y mil veces los planteamientos, los nudos y los desenlaces de sus relatos, de forma y manera que mis escritos sufrieron una maravillosa metamorfosis –nada kafkiana por lo premeditado de la misma–, y se fueron ajustando como un guante al cuerpo literario de Juan Manuel, tanto que cada vez se parecían más y más a la escritura de Juan Manuel, y hasta al verdadero Juan Manuel le resultó ya verdaderamente complicado ganarme en cualquier premio, por pequeño y remoto que éste fuese y poca participación que hubiera. Cada vez era menor la distancia entre nosotros dos. De hecho, y lo digo sin presunción, llegó el momento en que yo escribía como Juan Manuel de Prada, pero mejor que Juan Manuel de Prada. Mucho mejor. Aunque, por increíble que parezca, él seguía ganándose invariablemente. A los puntos ahora, pero seguía ganándose

me; lo cual empezó a escocerme sobremanera. Supongo que sus triunfos se basaban en el factor sorpresa y en la novedad, algo muy valorado en este país, pues mis relatos, debo decirlo, tenían siempre una cierta similitud estilística con el último suyo premiado que caía en mis manos.

Aún así, cada derrota representaba ahora para mí un aldabonazo, pues, por este entonces, yo ya era plenamente consciente de que cada éxito que conseguía Juan Manuel de Prada era un éxito que me hurtaba a mí, que cada uno de sus triunfos retrasaba un poco más mi camino hacia la cúspide literaria nacional.

Algo me notaría Juan Manuel en la mirada aquella tarde gris y polvorienta, el fatídico día en que nuestros caminos se volvieron a cruzar en un

pueblo destartado de Castilla para recoger nuestro enésimo premio compartido, cuando me dijo como quien no quiere la cosa: “lo mismo podías haber sido tú, ya sabes cómo funciona esto de los jurados, no gana el mejor, sino el que a ellos más le gusta, que es distinto”. Pero esta vez lo dijo con un cierto retintín, dejando caer cada una de las sílabas sin suavizarlas en el tamiz de su dicción zamorana, como un pistolero cuando reta a otro en esas películas que sólo sabe hacer el mago Ford.

Como no podía ser de otra manera, yo me tomé aquellas otrora blandas palabras de consuelo como un desafío al amanecer y, mientras se desarrollaba la ceremonia de entrega del premio, medité muy seriamente la única opción que me quedaba para librarme de él y conseguir mis propósitos:



matarlo, obviamente, que es la solución más anti-gua, más simple y más directa que conozco y que haya habido nunca jamás. Si no había conseguido avances significativos asesinando la obra, entonces tendría que matar al autor de mi sinvivir. Es un mal menor, pero en esos momentos yo no estaba para matices. Además, ¿cuántas veces en la vida nos es dado subvertir el orden establecido que nos amarga la existencia de una manera tan sencilla, tan fácil, con una sola, certera y definitiva acción? Nunca, obviamente; ni siquiera en la peor Literatura. Así que la decisión estaba tomada.

Lo mataría al salir a la calle, cara a cara, en un duelo singular, me dije sin dejar de mirarlo directamente a los ojos. Luego lo enterraría a las afueras del pueblo y así se convertiría en un personaje de Juan Rulfo, que era una de las cosas que Juan Manuel más anhelaba en este mundo. Él no se dio por aludido, pero cuando regresó del estrado con su flamante placa ya estaba muerto en realidad. Más muerto que Liberty Valance al final de la película de John Ford.

Pero los hechos, como machaconamente demuestra mi biografía, no me reservaban siquiera la pírrica victoria de una venganza calculada. Porque, para mi sorpresa, a la salida no hubo un duelo, sino una confesión. Juan Manuel parecía haberme leído el pensamiento (incluso he llegado a pensar por cómo se han desarrollado después los acontecimientos que, tal vez, yo haya sido en esta historia solamente un personaje escrito por él) y se quitaba de enmedio, relevándome de la ominosa tarea que yo mismo me había impuesto momentos antes, ya que, según me dijo, había decidido llevarla a cabo de propia mano.

Fue poco antes de despedirnos camino de la estación, justo en el instante en que yo lo iba a retar. Me echó el brazo por encima en un rarísimo gesto de camaradería entre literatos y, triste y compungido, en voz muy baja, me confesó su drama interior: "Se acabó", me dijo a punto del llanto. "Éste es el último, te dejo el camino libre. Me retiro... No puedo más, he llegado a la conclusión de que ya no tengo nada que decir; me he quedado sin historias, como un limón exprimido y agotado. No soporto este ritmo: escribir, escribir y escribir, sin obtener otra recompensa que algunas migajas acá y allá. Y el listón esta cada vez más alto... (en ese momento no pude evitar sonreír, pero a lo James Stewart en *Qué bello es vivir*, sin maldad ninguna). Estoy muerto, tío; literariamente hablando estoy muerto del todo. Hasta aquí hemos llegado..." y no dijo nada más porque se le ahogó la voz, al tiempo que asomó a su rostro el brillo saltarín de las

primeras lágrimas. De repente, la terrible escena del duelo daba paso al más amargo melodrama. Tras pronunciar su sentencia, Juan Manuel dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, levantando una polvareda de mil demonios, presa del desamparo y la desesperación. Lo dicho, un final de auténtico dramón, casi pude ver el *The End* sobreimpreso en el horizonte. Ni Douglas Sirk hubiera conseguido tanto realismo.

Pero su actitud era comprensible, absolutamente lógica y comprensible, porque esa confesión equivalía a su epitafio. Teniendo en cuenta que la literatura era su vida, había que considerar su decisión como un suicidio en toda regla. Al parecer, creí entenderle entre sollozos, acababa de tener un par de desengaños editoriales, esos proyectos que nunca cuajan, y estaba convencido de que su incipiente carrera literaria no iba a terminar de despuntar jamás. Así que lo dejaba todo y se encerraba en casa a preparar las oposiciones al cuerpo de Correos y Telégrafos.

"El listón estaba cada vez más alto". Aún seguía sonándome aquella frase en los oídos cuando llegué a casa, varios cientos de kilómetros después y con un traqueteo ferroviario de terremoto recorriéndome todavía el cuerpo de arriba abajo. Tenía el camino expedito hacia la gloria, y Juan Manuel de Prada estaba muerto. Lo había matado yo, poco a poco, que es como se mata de verdad, sin que él lo supiera. Ahora empezaría a recoger los frutos de mi trabajo, y pronto mi nombre empezaría a aparecer en letra pequeña en los pies de página de algunas revistas especializadas. El futuro se presentaba halagüeño, un dulce camino de éxito y felicidad plena.

Y lo fue durante los dos o tres años siguientes. Todo marchó como yo había previsto, que es la máxima forma de dulzura y felicidad que puede esperar el ser humano. Cuando me decían que había quedado finalista de algún recóndito concurso, ni siquiera iba a recogerlo. Si uno prueba lo bueno, se acostumbra enseguida, y ahora yo me había convertido en el Juan Manuel de Prada de miles de escritores que pugnan por tener un lugar bajo el sol de los cientos y cientos de premios literarios que se organizan en España. Tampoco faltaron escauceos con pequeñas editoriales, y ya me veía dando el salto desde una de ellas a lo más alto del panorama de las letras hispánicas. La vida me sonreía, y mis relatos tenían cada vez más consistencia y solidez, como la que antaño tenían los relatos de Juan Manuel de Prada. Y tuvo que ser precisamente en este punto, ahito de confianza, donde cometí mi único fallo. Mi único e imperdonable fallo.



Y es que a veces me acordaba de Juan Manuel, de la entrañable relación epistolar que mantuvimos durante tanto tiempo, y un par de madrugadas me sorprendí a mi mismo escribiéndole interminables cartas en las que le relataba el último viaje realizado por la península para recibir un premio que antes siempre ganaba él. De ahí pasé, ingenua y generosamente, en una reciprocidad no pedida, a enviarle alguno de los relatos que me habían premiado. Lo cierto es que nunca obtuve respuesta de Juan Manuel. Definitivamente estaba muerto y encerrado en su habitación, estudiando unas tristes oposiciones a oficial de clasificación y reparto. No había duda, el escritor poderoso que yo había conocido estaba muerto del todo y se había convertido en un personaje de Juan Rulfo.

Los dos o tres años de felicidad pasaron demasiado deprisa, y si a Juan Manuel no le cuajaron un par de proyectos, a mí no me cuajó ninguno de los muchos que, bien lo sabe Dios, intenté con denuedo mitológico. Me quedé estancado, sin mi triple salto mortal al olimpo literario. Incluso empecé a ser continuamente superado en concursos antes muy fáciles para mí por un pelmazo de Cádiz y otro de Mondoñedo, que irrumpieron con inusitada fuerza en el panorama competitivo. Además, comenzó a acecharme la famosa teoría juanmanueliana del limón exprimido, y eso es lo peor que le puede pasar a un escritor en medio de la escalera y sin ninguna historia que echarse a la boca para intertextualizarla un poco. Las cosas pin-

taban francamente mal, eso es cierto. Pero no soy yo un hombre de fácil desánimo, ni mucho menos. La gloria tarda en llegar, pero llega para el que sabe resistir, que decía Cela. Y don Camilo resistió hasta el último día, así que habría que hacerle caso. Al fin y al cabo, ya no se interponía nada ni nadie entre ella y yo. Y por si fuera poco, yo era el hombre que mató a Juan Manuel de Prada, un pequeño San Jorge de las letras, no cesaba de repetírmelo para infundirme ánimos en los peores momentos.

Ni todos los ánimos del mundo me hubieran servido aquella mañana a la hora del desayuno. Aún no me había levantado, a punto estaba de engullir mis churros con chocolate en la cama cuando, al abrir el último magazine cultural del domingo, la realidad me dio un mazazo del que todavía no me he recuperado: Juan Manuel se me presentaba resurrecto en una reseña firmada por el mismísimo Arturo Pérez-Reverte en la que Alatríste aseguraba que de Prada era el escritor joven con más futuro de España. Decía que había estado recluido un par de años madurando su prosa y que era la gran alternativa joven al caduco espectro de las letras españolas. En ese instante comprendí, demasiado tarde, que su intempestiva retirada en la estación de aquel pueblo de Castilla escondía para mí, sin yo saberlo, la más cruel de las bromas con que nos obsequia la vida: hacerme creer que todo cambiaría a mejor cuando, en realidad, todo iba a seguir siendo igual. O peor, mucho peor, que es la forma más sutil e irónica que el destino tiene de

reírse de los perdedores. Luego, don Arturo glosaba las excelencias de su escritura, que era como glosar punto por punto las características de la mía, pues a esas alturas yo había conseguido un mimetismo absoluto con la última época de Juan Manuel, y citaba los títulos y argumentos de algunos de sus últimos relatos, los cuales –y aquí no me pude contener y derramé el chocolate sobre las sábanas–, venían a ser muy similares a los de mis más queridos y premiados cuentos, esos que yo le había ido enviando ingenuamente en mis postreras, entrañables, y nunca respondidas cartas.

Mi sorpresa fue mayúscula porque era evidente que Pérez-Reverte hablaba de mí, pero se refería a Juan Manuel. Y también era evidente que este Juan Manuel de Prada redivivo no podía ser otra cosa que un grandísimo impostor, porque si yo me había convertido en él, suplantándolo y matándolo, ahora él se había convertido en mí sin mi permiso, y seguramente pretendería suplantarme y matarme después. Sea como fuere, el caso es que Juan Manuel había irrumpido de nuevo en mi vida, trastocándolo todo y usurpando siniestramente mi obra. De repente, había cambiado de categoría literaria sin avisar, el muy astuto y camaleónico: dejaba a Rulfo y se convertía en un espectral personaje de Allan Poe con sólo pasar la página en blanco de mi vida. Desde ese momento supe que no iba a tener tregua y que debía vigilar muy de cerca sus movimientos.

Y eso fue lo que hice. Pero sólo pude hacer eso: vigilarlo, porque yo seguía en medio de la escalera, mientras él se llevaba a toneladas la gloria y el reconocimiento destinados a mí, huelga abundar en ello.

De forma y manera que el que estuvo a punto de morirse, y esta vez de verdad, sin metáforas ni imposturas, fui yo cuando vi que publicó “Coños” basándose sin pudor en las conversaciones que habíamos mantenido sobre mujeres y novias antiguas durante los buenos tiempos, aquéllos en que nuestra amistad se mantenía, mientras comíamos a doble carrillo los platos típicos del lugar en el que hubiesen tenido a bien premiarnos.

Luego vino “El Silencio del Patinador”, lo recuerdo con total nitidez, donde no tuvo reparo en mezclar hábilmente algunos de sus mejores relatos, esos que me sirvieron de inspiración y aprendizaje hasta convertirme en Juan Manuel de Prada, con otros escritos por mí y que él a su vez había transformado, a lo largo de dos años de helado mutismo y soledad, tras un sesudo análisis y estudio de la estructura, la sintaxis y los personajes, hasta convertir su escritura en un calco de la mía.

A partir de ahí, la escalada resultó imparable. Cuando lo vi recoger el Planeta, no supe dónde meterme: era yo quien tenía que recoger ese galardón, un premio de esa altura estaba destinado a mí, él estaba muerto, lo había matado yo, no sé qué hacía ahí ese espectro engreído, sonriendo ante los flashes de los fotógrafos. También comprobé con estupor que pasó de inmediato a ejercer la crítica, presentando en sociedad a escritores de diverso pelaje y procedencia que nunca era yo, lo cual me costó una profunda depresión, sobre todo cuando comprobé cómo Juan Manuel ensalzaba la prosa robusta y la sintaxis trezada del pelmazo de Mondoñedo.

Luego supe que se rodeó de un grupo de amigos e intelectuales que, según yo había previsto, debían haber sido mi más selecto e íntimo círculo, y que terminó casándose con una admiradora con la que, tal vez, debería haberme casado yo. Pero mi paroxismo llegó a un punto de no retorno cuando vi las fotos de una entrevista que concedió mientras paseaba junto a los lagos más bellos y los fiordos con más encanto de Finlandia, adonde había acudido a que le tradujeran al finés su último éxito. Juan Manuel me miraba directamente a los ojos desde más allá del Cabo Norte, retador y ufano, sabiendo como sabía por nuestra antigua correspondencia que Finlandia es mi país preferido, y que me muero de ganas por visitarlo. Así que yo me di por aludido, como no podía ser de otro modo, y en realidad, cuando descendió en Barajas por la escalerilla del avión que lo trajo de regreso a casa, Juan Manuel ya estaba muerto por segunda vez. Más muerto que Liberty Valance al final de la película de John Ford.

Así las cosas, no me quedaba otra alternativa. Aunque al principio no sabía cómo empezar a ponerla en marcha, pues todo este proceso de impostura literaria que Juan Manuel ha perpetrado contra mí me ha afectado tanto, tantísimo, que hace mucho tiempo que dejé de escribir, convencido de que mi carrera no iba a despegar nunca jamás, acogotada por el vuelo ultraligero de la suya. Ya no participo ni en los más remotos premios literarios, cuyas bases oficiales me siguen remitiendo con cierta asiduidad oscuros y desconocidos ayuntamientos. También he desdeñado ese oropel, nada me consuela, ni las pequeñas migajas me sirven. Atrapado por la congoja y la angustia, desconsolado, mi vida ha consistido desde entonces en una sucesión de días arrasados en lágrimas, un melodramón, vaya, que se acentúa en tilde diacrítica cada vez que veo o leo algo de mi alter ego. Y lo veo o lo leo por doquier. Hasta en el programa de Garci, que antes me servía de último y mínimo refu-

gio espiritual en donde olvidar que soy poco más que un limón exprimido y seco.

Seco y exprimido hasta esta noche en la que de nuevo he visto la luz. Y ha tenido que ser Juan Manuel quien activase alegremente el interruptor, otra vez protagonista principal en mi vida, trastocándolo todo. Esta noche ha vuelto a salir en el programa de Garci, comentando *El Hombre que mató a Liberty Valance*, obra maestra del western sobre la mentira y las imposturas de la vida. "James Stewart no lo hubiese podido hacer jamás. Lee Marvin era muchísimo más rápido que él y no hubiese tenido ninguna opción. Disparó John Wayne, pero todo el mundo creyó que el hombre que mató a Liberty Valance fue James Stewart. Y eso es lo que importa, que la gente se lo crea aunque no sea verdad", fue lo que dijo el muy impostor, encarando turbiamente la cámara, mientras no dejaba de retarme con la mirada. "Obra maestra, en efecto", apostilló Garci en plan director con cinco Óscars, leyéndome el pensamiento.

Y mientras veía la película, se me hizo la luz definitivamente. Fui a la basura y recuperé del correo del día las bases arrugadas de un incierto premio, a celebrar dentro de poco en un pueblo perdido del frío páramo de Castilla. Esta mañana, al abrir el sobre, no pude contener la rabia cuando leí que este año el presidente del jurado iba a ser el gran Juan Manuel de Prada, ganador en anteriores ediciones de este mismo certamen, como yo muy bien sabía. Incluso estaban pensando cambiarle el nombre al premio y dedicárselo enteramente a él.

Así que no me ha quedado más remedio que ponerme a escribir de nuevo, con renovados ánimos. No me queda otra alternativa, ni otra esperanza. Esta vez debo ser más rápido que él, desenfundar antes, disparar primero. Estaré toda la noche en ello si hace falta, hasta las primeras del alba. Será como una carta especial para Juan Manuel, mi última y entrañable carta. Esta tampoco hace falta que me la responda.

Voy a escribir mi mejor relato, con el que seguro obtendré el primer premio que tantos años llevo persiguiendo. Lo firmaré con doble seudónimo, y después iré a recogerlo. No hará falta ni que me disfrace. El paso de estos años, con su carga de rencor y sufrimientos, me han estropeado tanto que es imposible que él me reconozca a primera vista. En el acto de entrega, saludaré a los miembros del jurado y luego, al final, aprovechando la desbandada hacia los canapés y las cervezas, me dirigiré al presidente. Caminaré hacia él con parsimonia y lo miraré muy fijo y muy duro, como hace Lee Marvin en la escena del duelo con James Stewart, sabedor de que es el más rápido de los dos.

Conozco ese pueblo como la palma de mi mano: cada una de sus polvorientas callejuelas, las salidas, el camino a la vieja estación.... Conozco esa escena como si la hubiese vivido mil veces.

Y cuando estemos allí, frente a frente, solos tú y yo, no habrá John Wayne que te salve. Maldito impostor.

Francisco José Jurado González nació en Córdoba el 15 de mayo de 1967, es licenciado en Derecho por la Universidad de esa ciudad, aunque nunca ha ejercido la abogacía, y doctor en Filosofía del Derecho. Actualmente es monitor en los Talleres de Escritura Creativa y de animación a la lectura organizados por la Excm. Diputación Provincial de Córdoba.

Comenzó a escribir en 1997, y desde entonces ha obtenido más de setenta premios literarios –todos ellos dentro del género del relato breve–, entre los cuales podemos destacar:

– Premio Andalucía Joven de Relatos (Huelva, 1997); Ciudad de Bailén, 1998; Beca de Creación Literaria "Cátedra Juan Rejano" de la Diputación de Córdoba, 1998; Internacional Laguna de Duero (Valladolid, 1999); Ciudad de San Sebastián (Donostia, 1999); Voces del Chamamé (Asturias, 1999); Blas Infante-Villa de Casares (Málaga, 1999); Vila de Mislata (Valencia, 2000); Ciudad de Mula (Murcia, 2000); San Pedro de la Felguera (Asturias, 2000); Internacional "José M^a Franco Delgado" para jóvenes escritores, San Fernando (Cádiz, 2001); Teruel de Relatos, 2001; José González Torices (Valladolid, 2001); Relatos de La Granja (San Ildefonso, Segovia, 2001); "Ciudad de Villajoyosa" (Alicante, 2001); "Jacinto Benavente" (Galapagar, Madrid, 2001); Ateneo Cultural 1º de Mayo, Madrid, 2002; Villa de Muskiz (Vizcaya, 2002); Helénides de Salamina (Cáceres, 2002); "Alfonso Sancho Sáez" (Jaén, 2003); "Valentín Andrés" (Grado, Asturias, 2003); "Villa de Rentería" (Rentería, Guipúzcoa, 2003); "José Luis Castillo-Puche", de Novela Corta (Yecla, Murcia, 2004); "Marco Fabio Quintiliano" de relato (Calahorra, La Rioja, 2004) y "Puentes del Cega" (Pedraza, Segovia, 2004).